

MENDOZA: ANTONIO DI BENEDETTO Y EL OASIS EXTRAORDINARIO

Jaime Correas

Debo a mis mayores haber arribado a este honor concedido por la Academia Argentina de Letras, sobre todo a ese universo de mujeres que rodeó amorosamente mi infancia, donde la lectura era una pasión. A mi familia, a Adriana, otra vez y siempre, y a nuestros hijos, Paloma, Victoria y Francisco, que están en todo. A mis amigos y a mis maestros.

Fui un alumno afortunado. Cinco de mis profesores en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo fueron miembros de la Academia Argentina de Letras: Emilia de Zuleta, Adolfo Ruiz Díaz, Carlos Orlando Nallim, Gloria Videla de Rivero y Liliana Cubo de Severino. Las dos últimas nos acompañan hoy y me siento halagado de poder compartir con ellas este momento. De todos aprendí temas principales, mientras me ayudaban a descubrir un universo literario humanista e ilustrado. Mendoza, desde esa carrera de Lengua y Literatura, se proyectaba hacia múltiples direcciones y culturas. La tarea no fue fácil para ellos. Tuvieron que abrirse paso muchas veces a través de la maleza de mi soberbia juvenil y mis desordenados deseos de un conocimiento absoluto. Puedo asegurar que insistieron con denuesto de maestros, no se dieron por vencidos y han sido algo más que profesores para mí. Cada uno se transformó, por diversas circunstancias, en amigo. Con todos ellos la relación se proyectó más allá de las aulas y me enriqueció. La Academia tuvo otros correspondientes por Mendoza: Juan Draghi Lucero, Diego Pro y Antonio Di Benedetto. Con los tres tuve un trato fugaz.

Con esta alusión a nombres propios caros a mis sentimientos, quiero expresar mi gratitud a la Academia Argentina de Letras por la generosidad de haberme hecho uno de sus miembros. Lo hago en esta lejana provincia del oeste, cuyo oasis en el desierto agradece cada contacto para enriquecer su desarrollo cultural. La ilustre dinastía precedente me exige renovar el esfuerzo para retribuir a nuestra institución. Esta sesión pública en la Feria del Libro es trascendente, pues

celebra a la vez el centenario de Antonio Di Benedetto, nuestro máximo escritor, que, vale la pena decirlo, cuando residió en Buenos Aires a la vuelta de su exilio, fue miembro de número; y el bicentenario de la Biblioteca Pública General San Martín, nuestra más antigua institución de cultura. Por eso, también, el agradecimiento a la Academia por sesionar en Mendoza en tan importantes celebraciones en las personas de la presidenta Alicia María Zorrilla y del vicepresidente Rafael Felipe Oterño, y también en el resto de los miembros presentes y en quienes no han podido venir.

Mendoza es la laboriosa creación de un oasis extraordinario enclavado en el desierto. O al menos los mendocinos nos convencemos cada tanto de esa condición para no dejarnos vencer por el desánimo ante la adversidad. Tenemos, de vez en cuando, la sensación de estar dando una batalla inútil, destinada al fracaso. Pero perseveramos. Habitamos un oasis que requiere de gestos de reafirmación porque el desierto voraz avanza sin dar cuartel. Y hay que detenerlo. Tenemos una tarea: cada uno de los habitantes debe cumplir un papel, acorralados entre la piedra infinita de la cordillera de los Andes y la inmensidad de una llanura que remata en la distante abundancia de la pampa húmeda y el puerto. Para cumplir esa misión, debemos convencernos de habitar un lugar único, donde suceden hechos inauditos. Es un mecanismo de subsistencia. Aquí cada árbol y cada vid para hacer el vino fueron plantados por alguien y, para que prosperen, se deben regar a través de un complejo sistema de canales y acequias. A veces parecería que somos rehenes de este oasis demandante. Y en otros momentos, nos sentimos los asistentes a una fiesta, llena de milagros, de prodigios y de sucesos increíbles. Esos instantes fulgurantes son los que nos dan fuerza para seguir, aunque sean fugaces. Espero conseguir esta tarde llevarlos conmigo a uno de ellos.

Me gustaría compartir la reflexión de Dardo Pérez Guilhou sobre cómo somos:

El mendocino, por naturaleza, ha sido y es, fundamentalmente, un empírico que confía en su prudencia para resolver toda clase de problemas. Por cierto que este empirismo no constituye un puro oportunismo inmoral. Por el contrario, sujeta su conducta a grandes principios guiadores, pero siempre rehúye a lo exageradamente ideológico o reglamentarista. Su pragmatismo le enseña que, con pocas normas

fundamentales, que respondan a buenos principios, nunca demasiado revolucionarios, puede desarrollar seguro su accionar, y, en los casos poco claros, la buena y circunstancial conveniencia lo guiará para deslindar lo complicado.

Querría hilvanar dos de los conceptos deslizados antes y unirlos con una idea que los fertiliza. Por un lado, la necesidad de convenernos sobre lo extraordinario del lugar, como condición para superar los grandes desafíos para la sobrevivencia del oasis, y, por el otro, la necesidad de que cada uno de los habitantes ejerza una tarea, un papel fundamental e irrenunciable que nunca recibirá demasiado reconocimiento del resto. Mendoza es parca al momento de reconocer a los suyos. Es una condición del oasis. Estamos aquí para servirlo y no para servirnos. No hay tiempo para la complacencia. Para completar esta aproximación, desearía enlazar los dos conceptos precedentes con una idea esencial alumbrada por la historiadora Adriana Micale: Mendoza como una ciudad-puente. El oasis donde habitan personas y hechos extraordinarios es posible también por su condición de puente, de nexo, de vínculo, de pasaje, apelando a un término caro a Julio Cortázar, quien representa un ejemplo magnífico de esa condición luego de su magisterio en nuestra Facultad. La gesta libertadora de José de San Martín es otro ejemplo, quizás el más maravilloso de este concepto por su consecuencia de libertad continental. El impulso inicial de esa epopeya inigualable sucedió en esta tierra y la marcó para siempre. El oasis se completa y sobrevive no solo por quienes lo pueblan durante toda su vida, sino por las mujeres y los hombres que vienen, actúan y dejan su impronta. Mendoza ha sido un sitio de tránsito virtuoso hacia otros destinos para seres notables. Ha dejado huellas en ellos, se han llevado al partir su espíritu. Numerosos visitantes marcharon hacia otros rumbos y algunos quedaron presos del encanto y se afincaron. Y también están los expulsados. Dieron mucho por el oasis y, por alguna circunstancia, fueron echados. El caso más notorio y penoso quizás sea el de Antonio Di Benedetto.

Su enigmática personalidad es un motor de búsqueda para mí desde hace años. En la actualidad escribo sobre ese enigma. Ya he publicado algunos de los avances de la investigación. Hoy quiero compartir con ustedes otros hallazgos recientes y relacionarlos con la razón de todas mis inquietudes: Mendoza y su identidad.

Hay una foto de 1984 de una circunstancia que marcó para siempre mi relación con Di Benedetto. Desde el momento que registra esa imagen, intento fisgonearlo, merodearlo, asediarlo, buscar detalles inesperados y reveladores en los pliegues de su existencia. ¿Qué busco en ellos? Acercarme a una personalidad extraña, extravagante, rara, inefable, que se escapa y deja la sensación de que va borrando los rastros, difuminando su andar para despistar la pesquisa. Fue una persona difícil de entender e interpretar, pero que logró una proeza. Escribió en este oasis enclavado en el desierto una obra maestra de la lengua española: su novela *Zama*. Una pieza literaria universal y, por lo tanto, perdurable. Sé que el concepto de obra maestra es resbaladizo. Pero quienes amamos las palabras hechas creación para intentar doblegar al paso del tiempo intuimos cuando estamos ante una de ellas. Y aunque nos asalte la incertidumbre de si nos estamos engañando y nos inunde la sensación de espejismo y de equivocación, persistimos cuando hay otros mirando en la misma dirección.

Benjamin Kunkel, en su artículo «Una descuidada obra maestra sudamericana», aparecido en la influyente revista *The New Yorker*, en 2017, escribió en referencia a la edición en inglés de *Zama*: «... fue escrita por un hombre que trabajó duro en la oscuridad provinciana y debió esperar décadas, desde su publicación en 1956, antes de ser reconocida como un clásico dentro del mundo de habla hispana». Luego agrega:

El llamado *boom* latinoamericano que dio celebridad internacional a Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y al compatriota de Di Benedetto, Julio Cortázar, le pasó de largo al autor de *Zama*. Incluso en Argentina, donde no fue muy conocido durante su vida. La cultura literaria argentina se centra implacablemente en Buenos Aires —«ese mal hábito, Buenos Aires», caracterizó Jorge Luis Borges a la capital de su país—, pero Di Benedetto resistió la tentación consagratoria para un joven escritor de ir a la capital. En cambio, vivió en Mendoza...

Remata con una sugestiva hipótesis: «La llegada tardía de *Zama* a los Estados Unidos plantea una cuestión ciertamente hiperbólica: ¿puede ser que la gran novela americana fue escrita por un argentino?».

Al crítico estadounidense podríamos agregar las valoraciones publicadas en el diario *Clarín*, en 1986, por Juan José Saer:

Si los críticos de habla española hablaran de los buenos libros y no de los libros más vendidos y publicitados, de los libros que trabajan deliberadamente contra su tiempo y no de los que tratan de halagar a toda costa el gusto contemporáneo, *Zama* hubiese ocupado en las letras de habla española, desde su aparición, el lugar que merece y que ya empieza, de un modo silencioso, lento y férreo, a ocupar: uno de los primeros. *Zama* es superior a la mayor parte de las novelas que se han escrito en lengua española en los últimos treinta años, pero ninguna buena novela latinoamericana es superior a *Zama*.

Quise traer estas valoraciones no para jugar el juego vano de la consagración y el prestigio, sino el de la atención multiplicada en diversas geografías sobre una obra que había pasado inadvertida.

Sigo rastros de la trayectoria de Di Benedetto desde aquella breve reunión de 1984 registrada en la foto, a la que arribé con el deslumbramiento, quizás irreplicable, de mi primera lectura de *Zama*. Me encontré con la sombra de un hombre abatido, demolido, triste. En un artículo describí su mano al estrecharla como la de un muerto. Desde ese entonces, sigo sus pasos sigilosos, muchas veces desconcertantes, de un modo sistemático, obsesivo, decidido a articular mis hallazgos en un relato de esa existencia. No para construir una biografía, sino más bien para urdir lo contrario: una suerte de antibiografía, siempre futura e inconclusa, donde se vayan sumando a la trama nuevos descubrimientos laterales.

La foto que recuerda aquella situación me trae hasta acá a pesar de que casi no aparezco en ella. Detrás, como ocultándome, al fondo avanzo debutando como periodista, pero también como *voyeur* de los hechos y los días de ese ser enigmático. Sigo los pasos de mi amigo Andrés Gabrielli en la redacción del diario *Mendoza* rumbo al presente. Porque ese instante es el inicio de una larga marcha hasta mis preocupaciones de hoy, hasta este preciso momento en el que nos encontramos. Si lo que aprendí de mis maestros y de mis lecturas es cierto y la experiencia literaria enriquece la experiencia humana en un viaje de ida y vuelta fundiéndolas y confundiéndolas, en aquel encuentro anida un punto de partida. Fui ese día a entrevistar a Di Benedetto porque había leído uno de los libros esenciales de mi vida. No me equivocaba en mi pasión temprana; desde entonces, lo he releído varias veces y siempre ha sido distinto porque yo fui distinto cada vez. El texto no me

defraudó, se abrió a nuevos sentidos y mantuvo la lozanía de una prosa que no envejece.

Di Benedetto contó sobre la escritura de su libro mayor:

Escribí *Zama* en menos de un mes, durante un período de licencia de mi trabajo, en el que me encerré en una casa vacía. Los dieciocho días de licencia pasaron demasiado pronto y concluí la novela ya reincorporado a mi tarea habitual. La prisa me impuso un estilo urgente (breve, de frases cortas, muy condensado) aunque afortunadamente (y contra mis temores) adecuado al vértigo de las peripecias de don Diego.

Una característica sobresaliente, no destacada, es que *Zama* es la única novela de tan alta calidad literaria en Latinoamérica, lo que hemos caracterizado como una obra maestra, escrita en una provincia. Si buscamos entre las del *boom*, las principales fueron alumbradas en grandes ciudades, tanto del continente americano como de Europa, aunque su autor fuera provinciano.

Escuchemos al narrador-personaje Diego de Zama en el inicio de la novela para paladear esa prosa única de Di Benedetto, incisiva, alentada sin dudas por la respiración del verso poético:

Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo llegaría.

Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de legua arriba.

Entreverada entre sus palos, se manea la porción de agua del río que entre ellos recae.

Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrepito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no.

Magistral introducción a uno de los ejes centrales de la obra: la espera, tema de reflexión de pensadores y creadores del siglo XX. Recordemos la inquietante dedicatoria del libro: «A las víctimas de la espera». Es inquietante por su universalidad, por el modo profundo

de hablarnos a los transeúntes de este tiempo histórico, signado por la incertidumbre, donde parecemos estar esperando algo, aunque no sepamos qué.

Se ha destacado con acierto la incisiva reflexión sobre la condición humana que se desarrolla a lo largo del texto. Está a cargo de la palabra el conflictuado protagonista, ese funcionario americano de la corona española que aguarda su traslado, desesperanzado, ansioso, carcomido por el deseo sexual, pero resignado y al que le toca vivir peripecias desgarradoras. Mientras espera, todo le sucede: el amor y la decepción, la nostalgia y la envidia, la violencia física y la mutilación, la ilusión y la resignación:

Puedo apiadarme de mí, sin la vanidad de la maceración, si el temor no es ya de avergonzarme ante los demás, sino de exceder la medida que sin avaricia me concedo. Si admito mi disposición pasional, en nada he de permitirme estímulos ideados o buscados. Ninguna disculpa cabe frente al instinto que nos previene y no respetamos.

En esa búsqueda de aspectos opacos o poco frecuentados de la vida del escritor, he ido recorriendo senderos. Desde hace un tiempo, reviso día por día la colección del diario *Los Andes* de los años en los que Di Benedetto lo condujo. Los artículos de su autoría los ha recopilado Liliana Reales en su imprescindible libro *Escritos periodísticos*, de 2016. Yo busco, además de sus textos, las publicaciones debidas a él en el diario que dirigía. Los artículos en los cuales intervino por diversas circunstancias como editor. A veces encuentro la mano de Di Benedetto en lo que está escrito y otras en lo omitido, en lo tachado, en lo suprimido. Hay un juego de espejos y de cajas chinas alucinante. Trato de desentrañarlo, casi siempre mediante conjeturas. Pero hay ciertos mecanismos para desvanecerse, para camuflarse a pesar de estar presente, que he ido descifrando. Y los he puesto en sintonía con sus textos de creación literaria. Porque su vida, y él lo ha explicitado, está en sus creaciones. A Gunter Lorenz le confesó: «Las figuras de mis novelas y cuentos son personas de mi entorno, yo mismo, y las criaturas imaginadas o imaginables por esas personas y por mí».

Muchos enigmas anidan en esos espacios cóncavos, como su prosa, donde en la cara trasera combada, a espaldas del hueco, se esconden sentidos que transforman una escritura ascética, precisa, escueta, en la

puerta de entrada a significaciones infinitas, como si fuera un paradójico barroco implosionando. He buscado también los indicios ocultos de sus numerosos viajes por el mundo, diseminados de distinto modo, nunca explícitos y a veces disimulados, pero siempre misteriosos. Dice por lo que comunica, pero mucho más por lo que esconde u omite. Ni hablar de las presentaciones de sus libros, a las que no concurría, las distinciones que rechazaba o las apariciones de noticias en el diario referidas a su actividad literaria, que publicaba con cuentagotas y casi siempre enmascaradas, llenas de omisiones e invisibilizaciones de sí mismo deliberadas. Me gustaría compartir con ustedes algunas de estas esquirlas de realidad para confirmar la capacidad del oasis que habitamos de producir una personalidad original y universal como la del autor de *Zama*.

El 2 de octubre de 1965, *Los Andes* publicó que Antonio Di Benedetto había asumido como secretario de Redacción, conservando sus facultades de jefe de las secciones literarias, artísticas y de espectáculos, algo que él mismo puso como condición. Tomó la conducción y el 4 de diciembre firmó un documento que circuló en la redacción y a cuyo pie todos los aludidos debían anoticiarse. Con estilo seco, comunicó a quienes habían sido sus pares:

El suscrito se reserva la atención en forma directa de editoriales, de las secciones artísticas y de espectáculos, y por cierto de todo aquello en que, cualquiera sea el momento, desee tomar intervención, aparte de las naturales funciones de orientación y supervisión general de la Redacción y sus atribuciones para dictar medidas disciplinarias.

El resto de las cuatro hojitas en papel membretado con el logo del matutino son del mismo tenor, apuntando a establecer un orden interno estricto. Este documento es contundente: Di Benedetto controlaba y decidía con mano de hierro todos los contenidos del diario.

Se ve que su acción dio frutos, porque el miércoles 9 de octubre de 1968, dos años después, una gran nota ilustrada con dos fotos muy significativas anunció: «Nuevo subdirector de *Los Andes*». Este hecho da otra pista clave. La evidente importancia simbólica de Di Benedetto para la empresa editorial, que desentona con la actitud prescindente de sus directivos cuando la dictadura militar lo detiene inesperadamente el 24 de marzo de 1976 en su oficina del emblemático edificio de la avenida San Martín, iniciando su calvario.

La determinación de las fechas en que asumió tareas de conducción en el diario me llevaron a una conclusión crucial para entender al autor y para tener en cuenta en el análisis de su literatura: a medida que ascendía en su jerarquía iba declinando su pulsión creadora más trascendente. Antonio Di Benedetto se apagaba como escritor mientras tomaba más responsabilidad en la conducción periodística. La pregunta sin respuesta es si estos dos hechos tienen relación o su declinación creativa era independiente de lo profesional. Otro aspecto excepcional relacionado con su oficio es que muchos escritores relevantes del continente se ganaron la vida como periodistas. Di Benedetto es el único de ellos que llegó a dirigir el diario donde trabajaba.

Sus principales libros son todos anteriores a las dos fechas mencionadas. No querría avanzar más sin hacer una aclaración. Si bien he puesto el foco en *Zama*, el resto de sus creaciones son de altísimo nivel dentro de las letras argentinas y de la lengua española. En 1961, había publicado los cuentos reunidos en *El cariño de los tontos. Los suicidas*, su última novela importante, aunque apareció en 1969, había ganado el segundo premio del concurso de Sudamericana y Primera Plana en 1967, con lo cual es claro que fue escrita en los años anteriores. Podría decir que, de las cumbres de su cuentística, «Caballo en el salitral», «El juicio de Dios», «El abandono y la pasividad», «Enroscado», «No», «Pez» —cada uno de los lectores decidirá su antología personal—, el único texto muy destacable del tiempo en el que ya dirigía el diario es «Aballay», imposible de datar porque aparece en 1978 en *Absurdos*, cuando ya está en el exilio. Pero es muy probable que lo haya compuesto antes de su detención. La elaboración de esa suerte de *nouvelle* y su ambición literaria responden a su personalidad creadora anterior a la cárcel.

Recapitulando: los detalles destacados hasta ahora nos ubican frente a un escritor de provincia cuyo fuego creador ha fraguado una obra maestra cuando apenas tenía casi 34 años y que va apagándose a medida que asciende en su jerarquía dentro del diario que dirige. Lo ha hecho, además, en una ciudad alejada de los estímulos de las grandes capitales. En sus viajes tuvo largas estancias en urbes importantes, pero nunca intentó afincarse en ellas, hasta su exilio, cuando lo hizo obligado. Quizás sea conveniente retroceder a los años cincuenta para indagar en algunos de esos aspectos enigmáticos de su personalidad.

Hace poco, logré dilucidar algunos aspectos de Carlos Prelooker, el editor porteño de *Zama* en su editorial Doble P, mientras todavía corría el tiempo en que su autor se negaba a viajar a Buenos Aires. Mi inquietud por este personaje del mundo editorial surgió por la solapa de la novela, donde confiesa haber reescrito el texto para polemizar con el crítico literario Bernardo Verbitsky, quien lo había criticado diciendo que tenía la tendencia a confundir la literatura argentina con los libros que él publicaba. La contestación fue que creía estar editando la mejor literatura del país. Puso a *Zama* como prueba, pues, según él:

... introduce en nuestra novelística un tema, no sólo absolutamente inédito, sino que Di Benedetto emplea formas de expresión y una arquitectura novísimas que representan un logro ya definitivo en nuestras letras y le dan validez universal [...]. Hay valores extraordinarios a considerar en esta novela: la forma casi insuperable en que el autor trata el problema de la castidad ante la necesidad sexual; los toques fantásticos que resultan totalmente naturales en la trama y, por sobre todo, un acogimiento a la técnica cinematográfica de la multiplicación de escenas, que lleva al lector a la sorprendente posición de creerse viendo una película, antes de estar leyendo una novela apasionante. O, como dice Di Benedetto, «lo dinámico, poniéndole alas a la novela interior».

El propio Di Benedetto ha contado que sentía una gran resistencia a ir a Buenos Aires y que prefería residir en Mendoza. Había viajado a los 11 años por última vez y en la Capital conoció casualmente el periodismo mirando a través de una reja al ras del piso cómo la rotativa del diario *Crítica* escupía ejemplares, a metros del hotel donde paraba con un tío que lo dejaba solo para irse a trabajar. Quedó prendado y supo que ése era su destino profesional. Pero también sintió una resistencia y hasta un rechazo, y se propuso no volver a esa ciudad.

Pocos meses antes de la publicación de *Zama*, cuyo pie de imprenta es del 24 de octubre de 1956, en abril, Jorge Luis Borges viajó a Mendoza para recibir su hoy célebre primer doctorado *Honoris Causa* en la Universidad Nacional de Cuyo. Tal como he publicado a partir del testimonio autógrafo de Emilia de Zuleta, que vivió aquellas jornadas, las gestiones para el reconocimiento académico fueron hechas por Félix della Paolera, el famoso «Grillo», gran amigo de Borges. Di Benedetto entrevistó al distinguido para *Los Andes*, donde apareció la nota con una foto de ambos hablando. Al final, el cronista relata las actividades de

Borges en su nuevo cargo de director de la Biblioteca Nacional y apunta, entre otras iniciativas, que se están dictando conferencias. En el otoño de 1958, apareció el número 1 de la revista *Versión* de la Biblioteca Pública General San Martín y entre las autoridades, como director de Redacción, figura «Grillo» della Paolera. Lo notable es que la publicación da a conocer por primera vez el cuento de Borges «Everything and nothing», por entonces inédito, que dos años después incluirá en *El hacedor*, y a continuación aparece «Asignación sucesiva de un sueño», de Antonio Di Benedetto, un perturbador cuento fantástico que seguramente le gustó a Borges, cultor, estudioso y antólogo del género.

Es evidente que a partir de aquel encuentro la relación entre los dos autores fue fluida. En octubre de 1958, Borges invitó a Di Benedetto a dar una conferencia en la Biblioteca Nacional, nada menos que sobre literatura fantástica. Hace pocos días, he obtenido fotos de dos papelitos que son un tesoro para mi colección de pequeñas curiosidades dibedenettianas. Son dos pruebas de imprenta conservadas en el archivo de la institución de los programas de aquellas conferencias. Se anuncia que César Fernández Moreno disertará sobre «Continuo vivir de Macedonio Fernández». Se consigna para el 27 de setiembre al propio Borges hablando de «La canción de Rolando», y para el 4 de octubre, la conferencia de Di Benedetto. Me interesa destacar que Borges, un maestro de la literatura fantástica, convocó a hablar de ella a un ignoto joven mendocino de apenas 36 años, compartiendo cartel en el ciclo. Ese hecho nos habla de la estima que sentía por la obra del periodista y escritor mendocino.

Y para terminar, me gustaría contar algo asombroso. En esa solapa de contratapa de *Zama* a la que he aludido, Prelooker afirma en referencia al autor: «Tiene en preparación un profundo ensayo sobre literatura fantástica». Evidentemente, un extracto de esa obra fue lo expuesto en la conferencia. El diario *La Prensa* citó palabras de aquel estudio leído en el mítico edificio de la calle Méjico, donde Borges ejerció como director. Di Benedetto expuso que estos son los motivos de la literatura fantástica:

La fe religiosa y las convicciones supersticiosas, la devoción angélica o la vocación satánica; el miedo a la muerte, a las tinieblas, al daño misterioso, a las propias culpas; el anhelo de una sociedad más justa y más perfecta, de bienestar espiritual, de un despegarse de las cosas, de

gozar placeres derivados de la imaginación, de superar las limitaciones mentales y materiales del hombre y conseguir que la criatura humana sea más poderosa y más libre.

Pero la vuelta de tuerca final está en el prólogo que Di Benedetto escribe para justificar la inclusión de su relato «No» en la antología *Mi mejor cuento*, de editorial Orion, en 1974. Relata que Borges había escrito en 1958 un prólogo a su ensayo «La literatura fantástica», que seguía por entonces inédito. Y allí transcribía citando al prologuista: «Hace años que Di Benedetto, el autor de ese admirable relato que se titula “No”, dedica su sensibilidad y lucidez a la investigación de los problemas de este curioso género literario. Me honra acompañar su labor con estas reflexiones preliminares».

Confieso que unir todos estos cabos me llevó a una descorazonadora conclusión: se ha extraviado un ensayo de Di Benedetto sobre la literatura fantástica prologado por Borges. Quizás para siempre. He indagado en diversos repositorios para intentar recuperarlo, sin éxito. Como lector, lamento la pérdida de ese libro. La última pista es la mención de 1974. La leyenda se inicia en la alusión en la solapa de *Zama*. Julio Premat ha escrito algo desolador: «La destrucción de los papeles, manuscritos y documentos de Antonio Di Benedetto por su esposa, cuando el escritor acaba de ser detenido por los militares y ella descubre un adulterio...». Aunque no cita fuente ni presenta documentación para tan fuerte aseveración, es un hecho que no se conservan páginas inéditas del escritor anteriores a su exilio. Su detención fue un corte inesperado y feroz. Lo dejó sin sus papeles, sin su biblioteca, sin su familia, sin su trabajo y sin destino en el mundo. Parece que esa obra impar se perdió, quizás fue destruida o simplemente olvidada en algún lugar desconocido.

He querido aportar algunas iluminaciones sobre uno de esos relámpagos de excepcionalidad del oasis mendocino: Antonio Di Benedetto. Escribió una obra maestra y tuvo una personalidad enigmática que no deja de convocar fantasmas y misterios que nos hablan de Mendoza, de lo peor y de lo mejor que ha dado.

Muchas gracias.